

## UN ASESINATO SINGULAR

Estaba leyendo el periódico mientras Edwards, mi jefe, atendía a los clientes de su tienda de Londres cuando el inspector Davidson entró por la puerta:

- Muy buenos días inspector Davidson – dijo Edwards - ¿Quiere usted un puro o alguna otra cosa? A lo mejor le apetece una botella de vino, tengo unas muy buenas para estas Navidades.
- No, Edwards – dijo el inspector – necesito algo más importantes, necesito su ayuda; sé que es usted muy aficionado a resolver crímenes y yo me encuentro ante uno muy difícil. Como en la comisaría nunca hemos tenido un caso similar, mis superiores me han sugerido que solicite su colaboración.
- Que interesante, voy a cerrar la tienda durante un tiempo, pase aquí inspector – dijo Edwards señalando una sala con butacas – Usted también, James – dijo dirigiéndose a mí – podrás serme de gran ayuda.

Cuando todos hubimos pasado a la sala, nos ofreció un puro y dijo:

- Sentaos en las butacas, ahora cuéntenoslo todo, inspector.
- Os aviso que es un caso muy extraño. La noticia todavía no ha salido en los periódicos, se trata de un asesinato; el asesinado es un hombre francés de unos cuarenta años y muy acomodado, según sus conocidos la riqueza de Philips, ese era su nombre, venía de una herencia o por lo menos eso decía él.
- Perdona la interrupción, ¿lo de la herencia se ha comprobado?
- Se ha enviado un fax a la policía francesa pero todavía no nos han respondido.
- Bien; ¿tenía algún rasgo característico?
- Pues ahora que lo menciona, sí, tenía una cicatriz en el ojo.
- Bien, prosiga su relato, por favor – dijo Edwards.
- Fue encontrado muerto en su habitación, nos avisó un vecino llamado Williams. Este vecino y Philips solían quedar todas las noches para jugar a las cartas, como Philips no llegaba le fue a buscar y encontró el cadáver.
- ¿Dónde vivía el señor Philips? – le interrumpió Edwards.
- A unas setenta y cinco millas de aquí, en una casa de campo – le respondió Davidson
- Una última pregunta ¿han tocado algo del lugar de los hechos?
- Ni una motita de polvo.
- Bien, si no le importa, ahora James y yo vamos a comer y en aproximadamente dos horas nos veremos en la estación para ir a la casa de ese tal Philips.
- Pues hasta dentro de dos horas – se despidió Davidson.

Después de disfrutar una deliciosa comida hecha por nuestra cocinera Alice, nos encaminamos hacia la estación donde nos esperaba el inspector.

Durante el viaje, Edwards estuvo pensando sin abrir la boca y si el inspector o yo intentábamos entablar una conversación Edwards la cortaba con un gruñido, así que al cabo de media hora me puse a leer mientras Davidson se entretenía con un crucigrama.

Edwards estaba tan concentrado que cuando llegó la hora de bajarse no se enteró y tuvimos que guiarle fuera del tren todavía estaba abstraído en sus pensamientos. De camino a la casa disfrutamos de un hermoso paisaje con diversa vegetación, bosques de hayas, escaramujos, madreselvas,... y con aire muy puro a diferencia del de Londres; observando la naturaleza por fin Edwards volvió en si.

Andando durante cinco minutos por este hermoso paisaje llegamos al lugar del asesinato, una mansión antigua, hecha de ladrillos, con unos enormes ventanales tapados por cortinas en el interior, una gran puerta de madera de unos diez pies de altura y cinco de anchura y rodeada por un enorme jardín trasero y otro más pequeño frontal, el conjunto tenía un vallado de hierro.

- Sí que debía ser grande la herencia de la víctima para comprarse esta mansión – dijo Edwards - si no le importa, pasaremos al jardín, inspector.
- Sin problema. ¿Ha ocurrido algo? – dijo el inspector dirigiéndose a dos corpulentos policías que custodiaban la entrada.
- Nada, señor – dijo uno de ellos.
- La habitación de Philips y donde fue encontrado muerto está ahí – dijo Davidson señalando una ventana del segundo piso – y dirigiéndose a esa misma ventana se pueden distinguir claras huellas que van y vuelven, pero también se pueden distinguir exactamente las mismas huellas que se dirigen a la puerta trasera y también vuelven, y por ultimo las mismas huellas que van a la puerta principal pero que no vuelven.
- Me gustaría verlas – dijo Edwards.

En las huellas de la ventana se detuvo poco tiempo mientras que en las de la puerta trasera se quedó un buen rato observándolas.

- Que suerte que llovió, así pueden apreciarse más las huellas –dijo mi jefe - ¿Qué pensáis sobre sobre estas huellas?
- Muy sencillo, el asesino primero intentó entrar por la puerta trasera pero estaba cerrada, luego fue a entrar por la ventana con el mismo resultado y finalmente entro por la puerta delantera, cuando asesinó a Philips volvió por el césped donde no se pueden distinguir las huellas, aunque el césped está aplastado – explicó el inspector.
- Podría ser – dijo Edwards – Ahora pasemos a la casa.

Edwards estuvo examinando cada una de las habitaciones sin ningún resultado aparente hasta que llegamos a la habitación del muerto; allí, en la mitad de la habitación, había tendido sobre el suelo el cuerpo de un hombre sin vida. Justo en el corazón tenía clavado un cuchillo.

- El cuchillo está poco clavado por lo que hemos dado por hecho que el asesino es una mujer, suelen tener menos fuerza – dijo el inspector Davidson
- Muy interesante – dijo mi jefe, pensativo.

Edwards estuvo examinando tanto el cuerpo como la habitación, luego volvió al pasillo donde estuvo mirando desde distintas perspectivas la habitación. En un momento dado, levantó la alfombra del suelo donde quedó al descubierto un charco de sangre un poco seca y absorbida por la alfombra.

- ¡Jacob! – exclamó Davidson dirigiéndose al policía que vigilaba la entrada– quiero que se compruebe si esta sangre es de la víctima
- Sí, señor – le respondió un policía que había aparecido por las escaleras
- Ha avanzado usted más en apenas media hora que nosotros en un día entero –le alabó Davidson
- Sí, mi querido amigo, de hecho ya lo he resuelto – le respondió mi jefe
- ¿Cómo? ¿y quién es? Dígamelo, por favor – le suplicó el inspector
- Con mucho gusto se lo diré mañana –dijo Edwards con algo de malicia –ahora me gustaría hacerle unas preguntas al vecino que encontró el cadáver.
- Ahora mismo le llamamos – le respondió Davidson

Al poco rato se presentó un hombre de baja altura, algo obeso con nariz aguileña y ceño fruncido; vestía un traje algo pasado de moda, una camisa amarillenta, un lazo mal atado en el cuello y unos zapatos llenos de barro.

- Hola, siéntese señor Williams– dijo Edwards - ¿Qué estuvo haciendo justo antes de descubrir el cadáver?
- Después de cenar estuve fumando mientras esperaba a Philips, nunca había llegado tarde a nuestra cita así que fui a buscarle.
- ¿Cómo es que no había huellas tuyas en el jardín? – le reprochó Edwards.
- Me olvidé del paraguas por lo que fui bajo los árboles donde había césped – le respondió Williams después de pensarlo unos segundos.
- ¿En algún momento vio usted a alguien?
- Mmm... no, me parece que no, pero lo que sí vi fueron dos luces que se alejaban rápidamente, lo vi desde la ventana justo después de encontrar el cadáver y estaba bastante mareado – dijo Williams.
- Señor Williams, ¿tuvo alguna discusión con el señor Edwards?
- ¿Discusión?,... bueno... lo normal cuando se juega a las cartas algo de dinero.
- ¿Apostaban grandes cantidades de libras?
- Bueno, no podría decirse que nos fuésemos a arruinar ninguno de los dos
- Una última pregunta – dijo animadamente mi jefe - ¿A qué hora ocurrieron aproximadamente los hechos?
- De mi casa salí aproximadamente a las once y vivo a una manzana de aquí – le respondió Williams.
- Muchas gracias, puede irse tranquilo y esté localizable – se despidió Edwards – Ahora voy a volver a subir a la habitación de la víctima a buscar nuevas pistas.
- La policía ya ha revisado todo, señor Edwards, no es necesario que busque nada – le respondió rápidamente el inspector.
- Aun así, insisto – le dijo mi jefe.
- Se lo prohíbo – dijo enfadado Davidson – Tiene usted que confiar en la policía.

- Bien – le respondió Edward rompiendo el silencio que se había formado – Entonces, iremos a descansar.
- De acuerdo – dijo Davidson volviendo a su tono de voz normal - Jacob, pueden retirar el cadáver y la vigilancia de la casa. Edwards, he reservado tres habitaciones en el Gran Hotel Pilton. Cuando he llamado esta mañana estaban haciendo una revisión rutinaria de mantenimiento en todo el hotel, supongo que ya habrán terminado.
- Antes de ir al hotel quiero enviar un fax, si no le importa – dijo Edwards.
- Bien – contestó Davidson – Entonces James y yo iremos yendo al hotel

Después de una animada charla entre Davidson y yo llegamos al hotel, donde el inspector había reservado una habitación para cada uno.

- Hoy ha sido un día muy atareado, así que me voy a mi habitación para descansar – dije.
- Yo voy a dar un paseo – me respondió el inspector – Adiós.

A eso de las diez, Edwards volvió al hotel y veinte minutos después llegó Davidson.

- ¿Dónde ha estado usted? – le preguntó Edwards.
- Dando un paseo, estaba algo mareado y necesitaba tomar el aire.
- Espero que se encuentre mejor – le dijo Edwards - De camino al hotel un policía que paseaba por la calle de la víctima me ha comentado que alguien ha entrado en la casa de Philips y ha huido cuando el policía ha hecho sonar el silbato para retenerle. ¿Lo sabía, inspector?
- No, nadie me ha informado – contestó Davidson con cara de encontrarse mareado – Me voy a dormir si no me necesitan más.
- Desde luego, bonita mochila – dije refiriéndome a una que llevaba el inspector colgada en el brazo.
- Gracias – me respondió.

Al día siguiente, cuando ya nos habíamos levantado todos, Edwards nos reunió al inspector y a mí.

- Buenos días – comenzó diciendo mi jefe – Ahora voy a daros la solución a este caso.
- ¡Por fin! - saltó Davidson.
- No sé si se acordarán, pero hace cinco años un grupo de cuatro personas robó en un banco francés varios miles de francos. La policía francesa casi les detiene. En la huida, un ladrón se cortó en el ojo con un cristal roto, pero escaparon los cuatro con todo el dinero. Luego se supo que uno de ellos, el que se cortó con el cristal, traicionó a sus compañeros llevándose todo el dinero robado. Inspector, cuando usted me dijo que la víctima tenía una cicatriz en el ojo supe inmediatamente que se habían vengado de él. La noche del asesinato, todos llevaban el mismo uniforme con las mismas botas, por eso las huellas eran idénticas.
- ¿Cómo explica que no hubiese huellas de vuelta en la puerta principal? – preguntó Davidson.
- Sencillo, cada uno de los tres ladrones entró por una parte de la casa, uno por la entrada principal, otro por la ventana y el tercero por la puerta trasera, pero el que entró por la puerta principal fue herido mortalmente con una pistola por Philips. Este es el motivo por el que había un charco de

sangre en el suelo, que intentaron ocultar con una alfombra. Otro de los ladrones lanzó un cuchillo a Philips, matándole al instante.

- Buena teoría, por eso el cuchillo estaba poco clavado, el asesino lo lanzaría desde lejos – argumenté.
- No comprendo cómo pudo adivinar que había un charco de sangre bajo la alfombra – comentó Davidson.
- Antes de entrar en la casa, recordará usted que examiné las huellas. Pues bien, las que volvían de la puerta trasera eran más profundas que las que iban hacia ella. El motivo es que la persona cargó con un peso adicional que era el cadáver de su compañero. El ladrón que salió por la ventana cargaba con el dinero que Philips les había robado.
- Lo ha resuelto con gran exactitud – dijo Davidson impresionado – mandaré buscar a estos asesinos.
- No se moleste – dijo Edwards – ya avisé ayer a la policía mediante el fax que envié.
- Es usted brillante, Edwards. Yo estuve en la calle de la casa de Philips en el momento de lo ocurrido, fui el primero en llegar al lugar de los hechos y aun así no podría haberlo resuelto sin su ayuda – añadió Davidson.
- ¿De verdad se encontraba ahí? – preguntó Edwards.
- Sí - aseguró el inspector – había ido a visitar a un viejo amigo. Muchas gracias por su inestimable ayuda. Seguro que nos vemos en otro caso.

A las dos horas Edwards y yo nos encontrábamos de vuelta en Londres, caminando juntos hacia la tienda.

- Hay que ir corriendo a la comisaria – dijo de repente Edwards preocupado
- ¿Pero qué ocurre? – le pregunté extrañado
- Davidson es un traidor – dijo mi jefe – Lo he estado pensando en el tren. Se le ha escapado que se encontraba en la calle de la víctima en el momento en el que ocurrieron los hechos, así que es probable que se encontrase con los asesinos, debió verles cargar con el cadáver. Es muy probable que Davidson estuviera armado por lo que a los asesinos no les quedaría más remedio que sobornarle con el dinero robado para que guardara silencio. Davidson debió intentar guardar el dinero en el hotel pero como estaban haciendo la revisión de mantenimiento no pudo esconderlo ahí por lo que tuvo que ocultarlo en la casa de Philips. Por eso no nos dejó buscar en las habitaciones por segunda vez, se arriesgó la primera vez para no levantar sospechas pero la segunda no nos permitió ni entrar en la habitación. En mi opinión, anoche, cuando fue a dar un paseo realmente lo que hizo fue recuperar el dinero; debía llevarlo en esa mochila que a ti te llamó la atención. Davidson retiró la vigilancia de la casa para poder entrar y coger el dinero sin levantar sospechas, él era la persona a la que vieron entrar en la casa anoche.

La policía estuvo buscándole durante mucho tiempo pero nunca se supo nada más de él, ni el gran Edwards pudo encontrarle.

FIN